

su eficacia, ni muy capaz de reprimir las pasiones.

Primeramente negamos esta pretendida igualdad de corrupcion entre los cristianos y los infieles: es verdaderamente excesiva en las grandes poblaciones, porque los hombres viciosos se reunen en ellas para gozar mejor de su libertad; pero no lo es en el pueblo de las aldeas; y aun en el centro mismo de corrupcion hay muchísimas almas virtuosas que se conforman con las leyes del Evangelio: la incredulidad domina en las demás en proporcion de su libertinaje; en fin, la corrupcion es obra de los filósofos, y ciertamente no convenia á ellos declamar contra este vicio. No es extraño que unos hombres que no creen en la religion, no obedezcan tampoco sus leyes. Pero si en lugar de la *moral cristiana*, llegase á introducirse la de los filósofos, el desarreglo de las costumbres se haria bien pronto general é incurable, como veremos en el artículo siguiente.

Barbeyrac compuso un *Tratado de la moral de los PP. de la Iglesia*, en el cual hace los mayores esfuerzos para probar que estos santos doctores fueron generalmente muy malos moralistas. Véase PADRES DE LA IGLESIA, donde responderemos á sus acusaciones.

MORAL DE LOS FILOSOFOS. Para disgustarnos de la *moral cristiana*, los incrédulos modernos sostienen que era mucho mejor la de los sabios del paganismo, y para demostrarlo se componen en el dia pomposas colecciones de antiguos moralistas. Sin duda se propone el que en adelante anden estas colecciones en manos de la juventud en lugar del catecismo y del Evangelio. Es verdad que no nos dan la *moral pagana* sino en extracto, y que omiten con mucho cuidado todo lo que pudiera escandalizar á los débiles: sábia precaucion. Pero para juzgar del mérito de los antiguos moralistas con pleno conocimiento de causa, es preciso examinarlos en lo bueno y en lo malo, así en general como en particular.

Juan Lelan, den su *Nueva demostracion evangélica*, part. 2, c. 7 y siguientes, t. 3, hizo ver palpablemente los defectos de la *moral de los filósofos antiguos*. Lactancio trató de la misma materia en sus *Instituciones divinas*. Nos bastará extractar sus reflexiones:

1^o Hemos visto poco hace que si la *moral* no se funda en la voluntad de Dios, legislador, remunerador y vengador, será una *moral* sin fundamento; se reducirá á una especulativa con algunas bellezas y sin autoridad, ó á una ley, si se quiere, pero sin sancion, y que no puede imponer al hombre un

deber rigoroso. Pues bien, á excepcion de algunos pitagóricos, ninguno de los antiguos filósofos dió esta base á la *moral*; y aun los mas de ellos enseñaron que despues de esta vida la virtud no tiene que esperar recompensa alguna, ni el vicio castigo que temer.

2^o Los filósofos no tenían por sí mismos ninguna autoridad que pudiese dar peso á sus lecciones; y aun cuando hubiesen hablado como unos oráculos, nadie tenia obligacion á creerlos. Sus discursos no estaban al alcance del comun de los hombres; los principios de una secta eran refutados por otra, y en nada procedian de acuerdo; nunca pudieron conseguir que una nacion, una sociedad, ni aun una sola familia viviese segun sus máximas.

3^o Destruian con su ejemplo todo el bien que pudiera producir su doctrina. Ciceron, Luciano, Quintiliano y Lactancio acusan á los de su tiempo de que bajo la capa de filósofos ocultaban los vicios mas vergonzosos; que lejos de sostener su carácter con la sabiduria y la virtud, le habian envilecido con el desarreglo de sus costumbres. Por consiguiente merecian el desprecio universal, y efectivamente lo consiguieron.

4^o Los pirrónicos, los escépticos, los cirenaicos y los académicos rígidos sostenian la indiferencia en todas las cosas, y la incertidumbre de la *moral* lo mismo que la de las demás ciencias. Epicuro colocaba el sumo bien en el deleite, confundia lo justo con lo útil, y no prescribia mas regla que la decencia y las leyes civiles. Los cínicos despreciaban hasta esta misma decencia, y erigian la impudencia en virtud.

5^o Casi todas las sectas encargaban la obediencia á las leyes, y no se atrevian á obrar de otra manera; pero Ciceron y otros confiesan que no bastan las leyes para llevar á los hombres á la práctica de las buenas obras y separarlos de las malas, y que es muy necesario que las leyes é instituciones de los pueblos no manden sino lo justo. Cic., de Leg., l. 1, c. 4 y 15.

6^o Los estóicos pasaban por los mejores moralistas; pero ¡cuántos errores, absurdos y contradicciones no se notan en sus escritos! Ciceron y Plutarco se los están echando en cara continuamente, y apenas se pueden referir las infamias que les imputa Plutarco. Los mas célebres entre ellos admiraron á Diógenes y aprobaron la impudencia de los cínicos; su piedad era la idolatria y la supersticion mas grosera; creian en los sueños, en los presagios, en las adivinaciones, en los talismanes y en la magia. Por un lado decian

que se debía honrar á los dioses, y por otro que no hay necesidad de temerlos, porque nunca hacen mal; que los sabios son iguales á los dioses, que pueden ser mas grandes que Júpiter, porque este es impecable por naturaleza, y el sabio por eleccion y por virtud; eran pues los dioses los que debian ofrecer incienso á los sabios.

La apatia ó insensibilidad que aconsejaban no era mas que una inhumanidad reflexiva y reducida á principios; no querian que el sabio se afligiese con la muerte de sus parientes, de sus amigos, ni de sus hijos, ni que fuese sensible á las desgracias públicas, ni á la destruccion del mundo entero; condenaban como debilidades la piedad y la clemencia; toleraban la impudicia y se engolfaban en ella; se gloriaban de la intemperancia; no escrupulizaban la mentira; muchos aconsejaban el suicidio, y elogiaban el valor de los que recurrian á él para terminar sus penalidades. Su dogma absurdo del fatalismo destruia toda la *moral*; se veian precisados á confesar que sus máximas eran impracticables, y su pretendida sabiduria una pura quimera. Por consiguiente no tenían mas objeto que engañar al vulgo; así Aulo Gelio, hablando de ellos, dice que era una secta de bribones que tomaban el nombre de estóicos. *Noct. attic.*, l. 1, c. 2.

Platon, Sócrates, Aristóteles, Ciceron y Plutarco escribieron bellísimas sentencias en materia de *moral*; pero no hay ninguno entre estos filósofos á quien no puedan echarse en cara los errores mas groseros. Platon desconoce el derecho de gentes, y se empeña en que todo es lícito contra los bárbaros; algunas veces parece que condena los vicios impúdicos contra la naturaleza, y otras veces los aprueba; á las mujeres las dispensa de todo pudor; quiere que sean comunes, y que su complacencia criminal sirva para recompensar la virtud; no reprueba el incesto, sino entre padres é hijos. Sostiene que las mujeres de cuarenta años y los hombres de cuarenta y cinco no tienen regla ninguna para contener sus apetitos brutales, y que si nacen hijos de este vergonzoso comercio, deben ser muertos, etc. Este filósofo, sin embargo, hacia profesion de seguir las lecciones de Sócrates. *De Repub.*, l. 5.

Aristóteles aprueba la venganza, y mira la dulzura de carácter como una debilidad; dice que, entre los hombres, unos nacen para la libertad y otros para la esclavitud; no tuvo valor para condenar los desórdenes que reinaban en su tiempo en la Grecia, ni vemos que se declarase contra la *moral* de Platon.

Ciceron habla de la venganza como Aristóteles; disculpa el comercio carnal de un casado con una cortesana. Despues de haber agotado todos los recursos de su talento para probar que hay un derecho natural, y acciones justas por sí mismas é independientes de la institucion de los hombres, reconoce que sus principios no tienen bastante solidez para sostenerse contra las objeciones de los escépticos, implora su favor, y les dice que no se siente con bastantes fuerzas para impugnarlos, y que solo desea apaciguarlos. *Lib. 1, de Legib.*

Aun cuando Plutarco no tuviera de qué acusarse, sino de haber aprobado la licencia que habia establecido Licurgo en Esparta y la inhumanidad de los espartanos, bastaria para condenarle.

Epicteto, Marco Antonino y Simplicio corrigieron en muchas cosas la *moral* de los estóicos; pero es muy probable que los filósofos que vivieron despues del nacimiento del cristianismo se aprovecharon de las máximas de los cristianos; y hay muchos sabios críticos que son de este modo de pensar.

En cuanto á nuestros filósofos modernos que renunciaron á la *moral cristiana*, nunca acabaríamos, si nos fuese preciso referir todas sus máximas escandalosas. Ya hemos dicho que cuando profesaban el deísmo, hacian justicia á la *moral del Evangelio*; pero despues que el materialismo llegó á ser entre ellos el sistema dominante, no hay ningun error de los antiguos que no repitiesen y no aumentasen. Algunos fueron vergonzosos; confesaron que La Metrie discurrió sobre la *moral* como un verdadero frenético, y sin embargo no le faltaron imitadores. La única diferencia que hay entre este ateo y los demás, es que fué mas sincero que ellos, y discurrió con mas consecuencia. ¿Hubiera publicado sus errores, si nadie aprobase sus principios? Admitiendo el fatalismo contra los materialistas, ¿el hombre es mas que una máquina? Y ¿de qué moral es susceptible un autómeta? En este sistema ninguna accion es imputable, ningun hombre puede ser justo, porque sus acciones no pueden ser justas, ni injustas, ni moralmente buenas ni malas, y por lo tanto nadie puede merecer castigo ni recompensa.

Uno de los cofrades de nuestros filósofos, menos hipócrita que sus compañeros, dice que no hablan de *moral* sino para seducir á las mujeres y echar polvo á los ojos de los ignorantes. Se les puede aplicar con justicia lo que de los estóicos dijo Aulo Gelio.

Moravos (hermanos). V. HERNHUTAS.

Mortificación. Por este nombre entendemos todo lo que puede reprimir, no solamente los apetitos desordenados del cuerpo, la molición, la sensualidad, la gula y el deleite, sino también los vicios del espíritu, como la curiosidad, la vanidad, la envidia, la impaciencia, etc. Para saber si la *mortificación* es una virtud necesaria, basta que consultemos las lecciones de Jesucristo y de los apóstoles. En el *cap. v de S. Mat.*, 5, dice el Salvador: « Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. » Alabó la serenidad, la penitencia y la *mortificación* de S. Juan Bautista. *Ibid.*, xi, 8. Dice de sí mismo, que no tiene dónde reclinar su cabeza, viii, 20. Predice que sus discípulos ayunarán, cuando se vieran privados de su presencia, ix, 15. Concluye con las palabras siguientes: « Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz, y sígame, » xvi, 24. S. Pablo en sus epístolas repite la misma moral. « Si vosotros, dice, vivís según la carne, moriréis; pero si *mortificáis* con el espíritu los deseos de la carne, viviréis. » *Epíst. á los Rom.*, viii, 13. « Castigo mi cuerpo y le reduzco á servidumbre, temiendo que despues de haber predicado á los demás, no sea reprobado yo mismo. » 1.^a *Epíst. á los Corint.*, ix, 27. « Llevamos siempre en nuestro cuerpo la *mortificación* de Jesucristo, para que su vida aparezca en nosotros. » *Epíst. 2.^a á los Corint.*, iv, 10. « Mostrémonos dignos siervos de Dios por la paciencia, por los sufrimientos, por el trabajo, por las vigiliias, por los ayunos, por la castidad, etc. » vi, 4. « Los que son de Jesucristo crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias. » *Epíst. á los Galat.*, v, 24. « Mortificad, pues, vuestros miembros y los vicios que reinan en el mundo, la fornicación, la impureza, la codicia, la ambición, etc. » *Epíst. á los Colos.*, iii, 5. En la *Epíst. á los Hebr.*, xi, 37 y 38, alaba la pobreza, la austeridad, y la penitencia de los profetas.

Los primeros cristianos siguieron esta moral al pié de la letra. « En cuanto á nosotros, dice Tertuliano, secos y extenuados con el agua y la continencia, separados de todas las comodidades de la vida, y cubiertos de saco y ceniza, hacemos violencia al cielo con nuestros deseos, enterneceinos á Dios, y cuando nosotros alcanzamos misericordia, dáis vosotros gracias á Júpiter olvidandoos de Dios. » *Apologét.*, al fin del *cap. 40*.

Con semejantes lecciones y ejemplos no alcanzamos cómo se atreven los protestantes á vituperar y ridiculizar las *mortificaciones*,

las austeridades de los solitarios, de las vírgenes, de los ermitaños y de los religiosos de todos los siglos. Dicen que Jesucristo no las mandó, y que reprendió la hipocresía de los que afectaban un aire penitente; que las austeridades no son una prueba infalible de virtud, porque bajo un exterior mortificado se pueden alimentar las más vivas pasiones, y que de esto tenemos muchos ejemplos.

Pero si las palabras de Jesucristo que acabamos de citar no son verdaderos preceptos, por lo menos son consejos; ¿y serán vituperables los que tratan de reducirlos á la práctica? Afectar un aire penitente por hipocresía para ser alabado y admirado de los demás hombres, ¿es acaso lo mismo que practicar las austeridades con buena fe en la soledad y lejos de las miradas del público, con el fin de reprimir y vencer las pasiones, ó habrá quien sea capaz de sostener que entre la inmensa multitud de los que siguieron este género de vida, ni siquiera hubo uno que fuese sincero? Aunque las *mortificaciones* no sean un medio siempre infalible para vencer todas las pasiones, no se puede negar que por lo menos contribuyen muchísimo á este objeto. Los que por este medio no pudieron sofocarlas enteramente, lo hubieran logrado menos con un género de vida diametralmente opuesto. Es muy probable que si los apóstoles y sus discípulos hubieran vivido como los que querían convertir, no habrían hecho muchos prosélitos.

Es necesario confesar que todos los hombres estiman por inclinación las *mortificaciones* y las miran como una virtud; aun cuando esto fuese una preocupación mal fundada, sería preciso convenir en que los que están encargados de dar lección á los demás, son loables en el hecho de conformarse con esta opinión general, ó con esta debilidad de la humanidad, ya que se la quiere dar este nombre, y sería una injusticia el vituperarla.

Los incrédulos aumentaron las sátiras de los protestantes. En todos los tiempos, dicen, se creyó que Dios se complacía en la pena y en los tormentos de sus criaturas, que el mejor medio de agradarle era tratarse á sí mismo con dureza, y que cuanto menos piedad tenía el hombre con su cuerpo, tanto más apreciaba Dios su alma. De esta loca idea vinieron las crueldades que ejercieron contra sí mismos los piadosos frenéticos y los suicidios lentos que han cometido: como si la Divinidad no hubiese producido las criaturas sensibles sino para abandonarlas al

cuidado de destruirse á sí mismos. Muchos de nuestros epicúreos modernos, consiguiendo á esta doctrina, sostienen con aire de gravedad que el mortificar los sentidos es una falta de piedad, que vista la gran dificultad de reprimir la lujuria, que es la más violenta de las pasiones, sería tal vez un rasgo de sabiduría cambiarla en culto, etc. Nos llenaríamos de vergüenza, si siguiésemos extrayendo una moral tan escandalosa.

Pero cuando Pitágoras y Platon predicaban la abstinencia y la necesidad de domar los apetitos del cuerpo, no fundaban sus lecciones en el placer que Dios percibe en atormentar á sus criaturas, sino en la misma naturaleza del hombre; decían que siendo el hombre compuesto de alma y cuerpo, es contra su dignidad dejarse dominar de las inclinaciones del cuerpo, como los brutos, en vez de sujetar el cuerpo á las leyes del espíritu. Brucker, *Hist. de la filos.*, t. 1, p. 1066, etc. Porfirio, en su *Tratado de la abstinencia*, sigue los principios de Pitágoras y de Platon, y enseña que el único medio de conseguir el fin á que estamos destinados, es ocuparnos de Dios, desprendiéndonos de las inclinaciones del cuerpo y de los placeres de los sentidos, l. 1, n. 57. Si hemos de dar crédito á este filósofo, Epicuro y sus discípulos solo vivían con pan de cebada y frutas, n. 48. Esto no lo hacían por agrandar á la Divinidad, puesto que no creían en la Providencia. Las mismas máximas profesaron Jamblico, Juliano, Proclo, Hierócles y otros muchos.

Se dice que hacían ostentación de esta moral austera por rivalidad con los doctores del cristianismo: puede ser; pero al fin copiaban á Pitágoras y á Platon, quienes vivieron mucho antes del nacimiento del cristianismo, y á quienes no se pueden atribuir los mismos motivos. Estos filósofos, dicen nuestros adversarios, eran locos, entusiastas é insensatos. En hora buena; pero siempre se sigue que el aprecio general que merecieron en todos tiempos por su vida sobria y mortificada, tenía su fundamento en las ideas de la filosofía.

Las austeridades modernas no perjudican á la salud. Hay más viejos proporcionalmente en los monasterios de la Trapa y de Sept-Fonts que entre las gentes del siglo. El ayuno y las maceraciones no mataron tantos hombres como la gula y los placeres. No son los epicúreos sensuales los que cumplen mejor los deberes de la caridad; solo piensan en sí mismos, y no hacen caso de los demás hombres, sino en cuanto sirven para sus placeres.

Tiene razón Porfirio en sostener que si nosotros fuésemos más sobrios y mortificados, seríamos menos avaros, menos injustos, menos ambiciosos, menos descontentadizos y menos achacosos. El lujo no sería tan excesivo, y los ricos emplearían mejor sus fortunas, serían más compasivos y más sensibles á las necesidades de sus semejantes. Lo que atormenta á los hombres son los deseos inquietos, las necesidades facticias y los hábitos adquiridos que son otros tantos tiranos; y si los hombres los resistiesen, serían más virtuosos y más felices.

Para poner en ridículo las *mortificaciones* de los solitarios y de los monjes, las comparan con las penitencias ostentosas de los alfaquíes mahometanos, indios y chinos, que cometen con sus cuerpos unas crueldades que hacen estremecer. Pero la conducta de estos últimos manifiesta el motivo que los anima; tienen gran cuidado de presentarse en público, y de manifestar el suplicio á que ellos mismos se han condenado; el deseo de que los admiren y respeten, ó de recibir limosnas, su orgullo insensato y su bárbaro fanatismo son las causas que los sostienen y les hacen despreciar los dolores. Lo mismo hacían algunos estóicos en los tiempos pasados. Los penitentes del cristianismo tienen unos motivos muy diferentes, la humildad, el convencimiento de su miseria, el deseo de expiar sus faltas y de reprimir sus pasiones; buscan el retiro, el silencio, la oscuridad, según el consejo del Salvador en el *cap. 6 de S. Mat.*, v. 1, y no se exceden en el rigor de sus maceraciones tanto como los fanáticos del mahometismo, de la India y de la China: por consiguiente no tienen estos la más mínima semejanza con los penitentes cristianos.

Estas reflexiones deberían ser más que suficientes para cerrar la boca de los protestantes; pero nada pueden vencer su obcecación: atribuyen al vicio del clima todo lo que les desagrade en el cristianismo. La inclinación á la soledad, dicen, al retiro, á la oración y á la continencia, y las *mortificaciones* y las penitencias voluntarias son un efecto de la melancolía que inspira el clima de Egipto, de la Palestina, de la Siria y de las regiones vecinas. Filósofos atrabiliarios, como Pitágoras, Platon, Cenon, y singularmente los orientales, acreditaron estas prácticas, que solo se fundan en dogmas erróneos. Los primeros cristianos se dejaron sorprender de esta doctrina; exageraron la moral de Jesucristo, se lisonjearon de instituir una religión más santa y más perfecta que

la suya, y no han hecho mas que desfigurar sus lecciones. Mas de veinte autores protestantes hicieron extraordinarios esfuerzos por dar á estos delirios algun aire de probabilidad; pero bastará que los examinemos con brevedad para disipar el prestigio.

1º Es muy singular que por espacio de quinientos ó de seiscientos años que se pasaron desde Pitágoras hasta Jesucristo, no produjese en los paganos ningun efecto este vicio del clima, y que sus costumbres fuesen tan licenciosas en Oriente como en Occidente, y en el Egipto como en los demás países; que despues de mas de mil años no hubiese podido vencer la molicie y lubricidad de los musulmanes, mientras produjo en menos de un siglo tan prodigiosos efectos en los cristianos: este es un fenómeno inconcebible.

2º Pitágoras, primer filósofo partidario de las *mortificaciones*, nació en Grecia, viajó por el Oriente, y pasó en Italia la mayor parte de su vida. ¿Y llamaremos melancólico y misántropo á un hombre que no se ocupó sino en hacer bien á sus semejantes, en civilizar á los pueblos, en arreglar el gobierno de las ciudades dándoles leyes y costumbres? A pesar de un clima opuesto al del Egipto, hizo sus máximas, y halló discípulos é imitadores; de él se dijo: *Esurire docet, et discipulos invenit.*

3º Si un vapor maligno del clima fué el que dió á los cristianos inclinación á las *mortificaciones* religiosas, es preciso que su influencia se extienda por toda la tierra, porque el cristianismo penetró en la China, en las Indias, en lo interior del Norte, y en todas las escuelas de filosofía de la Grecia. A excepcion de los epicúreos y cirenáicos, todos los sabios del mundo declararon la guerra á los placeres: no solo aconsejaron á sus discípulos la frugalidad y la templanza, sino que les enseñaron á pasarse sin muchas cosas que los hombres corrompidos por el lujo tienen por necesarias, y en esto creían que trabajaban por su verdadera felicidad.

4º Mucho antes del nacimiento de la filosofía, habia dado Dios á conocer á los patriarcas la necesidad de las *mortificaciones*. No podian ignorar la caída de su primer padre; y de ella debieron inferir que es poco á propósito, para que el hombre sea fiel á Dios, la prosperidad y la abundancia. Sabian que en castigo de esta culpa estaba el hombre condenado á regar con su sudor una tierra cubierta de abrojos y espinas, y que la penitencia de Adán duró mas de nuevecientos años: ¡ejemplo terrible! Se veian los personajes mas queridos de Dios, como Abra-

han, Jacob, José, Moisés, Job, etc., pasar una vida penitente y *mortificada*, y su virtud expuesta muchas veces á grandes adversidades. « Yo hago penitencia, dice el santo Job, sobre la ceniza y el polvo, » aunque Dios se dignó dar testimonio de su inocencia, xx, 3; xlii, 6, etc. Un profeta nos dice que la abundancia de todos los bienes, el orgullo, la ociosidad, y lo que el mundo llama *buenavida*, fueron la causa de los pecados y de la ruina de Sodoma, *Ezeq.*, xvi, 49. Muchos siglos despues principiaron á nacer los insensatos sistemas de los filósofos orientales.

5º Se podria creer que los primeros cristianos no entendieron el sentido de las palabras de Jesucristo, si este divino Maestro no las hubiese confirmado con sus ejemplos; pero quiso nacer de una familia pobre y en un establo; se dió á conocer al principio á unos pobres pastores; pasó su juventud en la casa de un pobre artesano; todos sus parientes eran simples habitantes de Nazareth, y él mismo dijo que no tenia dónde reclinar su cabeza. *San Mat.*, viii, 20; *Evang. de S. Lucas*, ix, 58. Eligió para sus apóstoles á unos pobres pescadores, acostumbrados á una vida dura y laboriosa, y quiso que lo abandonasen todo por seguirle; á los pobres fué á quienes principió á predicar el Evangelio. *S. Mat.*, xi, 5; *Evang. de S. Lucas*, iv, 18; *Epist. de Santiago*, ii, 5. Sufrió voluntariamente los trabajos de la pobreza. *Epist. 2º á los Corint.*, viii, 9. Meditando sobre estas máximas: *¡Bienaventurados los pobres, los que padecen y los que lloran; ay de vosotros, ricos, que teneis vuestro consuelo, que estais satisfechos, y que vivis en el gozo y alegría! etc.*, ¿ha podido uno menos de tomarlas á la letra, y de creer que es el mayor de los méritos el imitar la vida de este divino Maestro?

6º Los filósofos orientales y los herejes, que sostenian que la carne es una produccion del mal principio y una sustancia mala en simisma, no hablaron de la carne de una manera mas desventajosa que S. Pablo. Además de los pasajes de sus cartas que hemos citado en la *Epist. á los Rom.*, [vii, 18, dice: « Yo sé que nada hay de bueno en mí, esto es, en mi carne; » v. 20 y 23, la llama una *carne de pecado*, una ley que le cautiva bajo el yugo del pecado. En el *cap.* viii, 8, « los que están en la carne no pueden agradar á Dios. » En el v. 13, « si vosotros vivis segun la carne, morireis; pero si mortificais con el espíritu los afectos de la carne, vivireis. » En el *cap.* xiii, 14, « no contenteis los deseos de vuestra carne. » En la *Epist. á los Efesios*, ii, 3, « es propio del paganismo satisfacer los deseos y las inclinaciones de la

carne. » En la *Epist. á los Galat.*, v, 16, « caminad segun el espíritu, y no cumplireis los deseos de la carne, etc. » En el concepto de nuestros adversarios, S. Pablo en esta materia fué discípulo de los filósofos orientales: él es quien infectó á los primeros cristianos del fanatismo atrabiliario con que se armaron contra sí mismos, y se atormentaron cruelmente; él es quien creyó forjar una religion mas perfecta que la de Jesucristo, y quien la hizo abrazar á los demás, etc. Así deliran los protestantes, y sus delirios los repiten los crédulos modernos.

Por mas que digan que las *mortificaciones* exteriores en nada contribuyen á contener las pasiones, ni á facilitarnos el camino de la virtud, esto es una falsedad que contradice el ejemplo de todos los santos. Siendo la virtud la energía y la fuerza del alma, no se adquiere concediendo á la naturaleza todo lo que pide, sino negándole todo lo que no sea necesario. Cuanto menos necesidades tenemos que satisfacer, nos quedan menos deseos inquietos y peligrosos. Una vida dura no sofocará enteramente todas las pasiones, pero el hábito de domar las inclinaciones del cuerpo nos hace reprimir mas fácilmente las del espíritu. Una vez que los protestantes sostienen que la inclinación á las austeridades religiosas fué un vicio del clima en los primeros cristianos, tenemos derecho para responderles que el aborrecimiento á toda especie de *mortificación* nació en los reformadores de la voracidad, de la glotonería y de la intemperancia natural en los pueblos septentrionales. V. ANACORETA, POBREZA, etc., y la adición al artículo ALEGRÍA.

Moscovitas. V. Rusos.

Mozárabes, Muzárabes ó Mostárabes. Se llama así á los cristianos de España que, despues de la conquista de este reino por los moros al principio del siglo VIII, conservaron el ejercicio de su religion bajo la dominación de los vencedores: este nombre significa *mezclados con los árabes*.

Los visogodos, que eran arrianos, y se habian apoderado de la España en el siglo V, abjuraron su herejía y se reunieron á la Iglesia en el concilio tercero de Toledo el año 539. Entonces se profesó el cristianismo en España en toda su pureza, y se conservaba lo mismo ciento veinte años despues, cuando los moros destruyeron la monarquía de los visogodos. Los cristianos sometidos á los moros conservaron su fe y el ejercicio de su religion, así en las montañas de Castilla y de Leon, adonde muchos se refugiaron, como en algunas ciudades donde obtuvieron este privilegio por capitulación. De aquí provino

llamar *mozárabico* al rito que continuaron siguiendo, y misa *mozárabe* la liturgia que celebraban: uno y otro duraron en España hasta fines del siglo XI, en cuya época el papa S. Gregorio obligó á los españoles á tomar la liturgia romana.

El cardenal Jiménez, deseando sacar del olvido este antiguo rito, y volver á ponerle en uso, fundo en la catedral de Toledo una capilla en la cual se celebran el oficio y la misa *mozárabe*; hizo imprimir el Misal el año 1500, y el Breviario en 1502; son dos volúmenes en folio. Como solo hizo tirar un pequeño número de ejemplares, vinieron á ser estos libros muy raros, y de un precio sumamente caro; mas fueron reimpressos en Roma en 1733 por el P. Leslée, jesuita, con notas y un extenso prefacio.

Este editor se propone probar que la liturgia *mozárabe* es de los tiempos apostólicos, que fué establecida en España por los mismos que á ella llevaron la fe cristiana; así que no son los autores S. Isidoro de Sevilla y S. Leandro, su hermano, que vivieron á principios del siglo VII, y no hicieron mas que corregirla, y añadir algunos nuevos oficios. Hace ver que esta liturgia estuvo constantemente en uso en las iglesias de España desde el tiempo de los apóstoles, no solo hasta fines del reinado de los visogodos y principios del siglo VIII, sino hasta el año 1080, y que los papas Alejandro II, Gregorio VII y Urbano II no consiguieron, sino despues de treinta años de resistencia por parte de los españoles, hacerles adoptar el rito romano.

El P. Le Brun, que tambien escribió la *Historia del rito mozárabe*, en el tomo 3º, pág. 272, observa que en el misal del cardenal Jiménez no se halla este rito como estaba en uso en el siglo VII; pero que, para llenar los vacíos, hizo este cardenal que se le insertasen muchas rúbricas y oraciones sacadas del misal de Toledo, que no era el puro misal romano, sino que era conforme al misal galicano en muchas cosas; distingue estas adiciones del verdadero *mozárabe*, y compara este con el galicano. El P. Leslée hace la misma comparación, y piensa que el *mozárabe* es el mas antiguo; pero el P. Mabillon, que dió á luz la liturgia galicana, sostiene lo contrario, y parece que esta es tambien la opinión del P. Le Brun.

Algunos protestantes han querido sostener sin fundamento que la creencia de los cristianos *mozárabes* era igual á la suya, pero que se habia alterado insensiblemente por el comercio que tuvieron con Roma. La liturgia *mozárabe* depones lo contrario, y no hay uno